

en un mundo enloquecido. En Río redacta *Brasil, país del futuro*, donde describe su descubrimiento de regiones antes no visitadas, en particular las del Norte, Recife y Bahía. También descubre a Camoens, empieza a entender el portugués, aprende la historia del Brasil, se apasiona por las múltiples riquezas de una naturaleza primitiva. Se le acuerdan todas las facilidades y las autoridades se complacen porque un escritor mundialmente conocido consagra una obra de alabanza al Brasil.

Las cualidades humanas, la hospitalidad y la gentileza que lo gratifican le hacen olvidar algo de la barbarie que sube como una ola al otro lado del océano. Ve con horror que el conflicto cobra nuevas dimensiones y comprende que ya no volverá jamás a la vieja Europa. Tiene casi sesenta años y ha perdido la esperanza de vivir en un mundo pacífico. Pide una visa permanente en el Brasil y se abandona a los reclamos de la celebridad. Da una serie de conferencias en Uruguay y Argentina y toma cursos de español. Es magníficamente recibido por sus admiradores argentinos. Cuando, una noche, habla en Buenos Aires sobre «La Viena de antaño», hay que colocar altavoces en la calle para satisfacer a un público que rebasa la sala. Dolido al hablar de su pérdida juventud y de un mundo muerto, Zweig despliega sus últimas fuerzas de hombre civilizado: una de sus antiguas amigas está entre el público y recordará lo patético de su aspecto: ligeramente agobiado, con la mirada ausente, ensimismado, parece una sombra, la de un hombre acabado, apenas incapaz de decir «no» cuando lo invitan, empujado por la admiración que despierta. Ha desaparecido para siempre el Zweig de ayer, escritor colmado de honores, festejado y gozoso. Las cualidades de la vieja Europa las encuentra en el Nuevo Mundo, pero no logra satisfacerse. Oscila entre la esperanza de vivir en un retiro apacible y la desesperación de ver cómo la guerra devasta las poblaciones que conoció llenas de vida. Rápidamente concluye su *Brasil*, homenaje a la luz intermitente de su propia esperanza. El calor del verano lo empuja a volver a Nueva York donde quiere terminar la redacción de sus memorias y lo esperan centenares de amigos que no quiere ver, miles de exilados que no puede ayudar, donde se halla Friederike, su mujer de siempre, que ha logrado huir felizmente de Austria, luego de Francia, luego de Portugal, o sea de Europa. De los seis meses sudamericanos que acaba de vivir sólo conserva la fatiga de haber hablado en público, hablado por radio, dormido en hoteles, escrito sin cesar, hablado aún más en diversas lenguas, multiplicado encuentros sin consecuencia; todo ello aturde y cansa a este hombre con el alma quebrada, que ha visto aniquilar sus sueños, confirmar sus predicciones trágicas más allá de toda medida, lo mismo que su fe en el progreso de la humanidad —única fe de toda su vida— ha sido salvajemente contradicha.

Zweig había aconsejado a los brasileños que invitaran a Hernández Catá, escritor y embajador cubano, el avión en que éste retorna a Cuba tras un viaje de conferencias, se hunde en el mar. Zweig se considera responsable de tal desaparición. Su sensibilidad se ha vuelto enfermiza: este drama privado lo afecta terriblemente; que aquí mismo, en este apacible continente, la muerte golpee cerca de él, lo atemoriza. Quiere retirarse del mundo.

Una biblioteca bien provista y la soledad: no pide más. Allí, en Nueva York, en un mes, redacta su *Amerigo*. Siempre los conquistadores que escogieron la aventura ofrecen un consuelo a quienes la padecen, vapuleados por su época. Estamos en la primavera de 1941. Zweig se ha instalado en Ossining, junto a Friederike y sus hijos. Acaba de escribir *El mundo de ayer* y, a menudo, en la noche, abandona a su joven mujer para encontrarse con la otra y evocar algún momento del fugitivo pasado. En esos instantes intuye que no debió dejarla por Lotte, que sufre de asma y es una carga más. Uniendo sus vidas creyó rejuvenecer. Zweig no intenta siquiera cambiar su visa de transeúnte y se impone volver a Brasil, última tierra de acogida del hombre acorralado que corre hacia su destino.

Durante esos terribles meses de actividad febril, de recuerdos evocados y ardientes noticias europeas, Zweig se enfrenta con el fracaso de su vida, el final de su combate de escritor a favor de una humanidad humana. Quiere abandonar a los hombres: el Brasil, esperanza de renacimiento, se convierte en llamado y necesidad de estar solo. En junio, ofrece un cóctel en el hotel Wyndham a sus amigos alemanes y austríacos: última concesión a la vida, última cortesía de un adiós definitivo. En el muelle del puerto de Nueva York, Zweig dice hasta luego a Friederike: «Sin duda, es la última vez que nos vemos». Lotte, colgada de su brazo, se deja llevar: terminados las frivolidades y los compromisos, la vana agitación, sean bienvenidos las dulzuras brasileñas, la soledad propicia al pensamiento, la lejanía y el olvido.

Hasta el final de la guerra, Bernanos publica incesantes artículos. Tras la desgarradora apelación de *Niños humillados*, su diario de Pirapora, acumula materiales para *El camino de la Cruz de las Almas* y para *Francia contra los robots*. Incansable en una época de resignación y fatalismo, ilustra ese honor francés cuya ausencia en Francia lo quiebra interiormente. Convencido de ser la voz de las profundidades cristianas, se encarniza con los traidores y las traiciones morales de los cuales es víctima su país. Se impone por la convicción y el ímpetu de su temperamento. Bernanos despierta enemistades pero conserva a sus amigos, hasta cuando no consigue manejarlos. En él alternan los estallidos de una desbordante cólera y los de una ternura no menos desbordante. A fines de 1944, el general De Gaulle le ordena volver a Francia. Pasarán varios meses. Angustia por el porvenir

de Francia, angustia íntima ante su propia vida, dificultad de arrancarse del Brasil después de siete años en el país. Personalidad aglutinante, Bernanos se hace de una corte de amigos y discípulos, pues es una suerte de maestro volcánico. Luchando contra la incertidumbre, paraliza la réplica y persigue la aprobación en las miradas. Destaca cuando habla a un pequeño público, necesita la cercanía. Escribiendo en los cafés para evitar la opresión de una familia turbulenta, busca el calor humano. La lengua de los brasileños, que apenas entiende, no distrae su pensamiento. Obrero de la lengua francesa, reescribe y tacha. Al leerlo, podríamos creer que trabaja a vuelapluma, pero no es así: su naturaleza apasionada se funde con el bronce de la obra. Bernanos siempre tiene algo que gritar al mundo, cada día es capaz de sufrir por todos los demás. Dispersa el tejido de su pensamiento, pierde o abandona sus manuscritos. Como espera la eternidad, se desinteresa por la posteridad. Nadie puede discutir la probidad de este hombre a veces injusto. Sucede que lo arrastra la pasión por el bien. Está comprometido con todas sus fuerzas en la guerra y, en consecuencia, nadie puede influir en su juicio, nada impide que cante su verdad. Así vive.

Zweig se instala en Petrópolis en septiembre de 1941, alquilando una pequeña villa por seis meses. A una hora de autobús de Río, es la colina elegante de los ricachos brasileños, donde subsiste el antiguo palacio imperial. Por su encantadora instalación, puede recuperar, en pleno trópico, algo de la belleza de Salzburgo y de la calma inglesa de Bath, una suerte de domesticación armoniosa del paisaje. Allí busca el reposo, el abandono y el olvido en el trabajo. Intenta no leer los periódicos. Lo obsesiona la guerra generalizada, se siente culpable de estar físicamente a salvo. Buscaba la soledad y ella acaba por desanimarlo. Librado a sus propias fuerzas, acecha febrilmente al cartero, que pasa de largo. Reducido al íntimo tormento del fracaso de su vida, se torna una víctima de su propia sensibilidad. Instrumento de una gloria literaria deslumbrante, ésta deviene el arma criminal de la autodestrucción. Los periodistas brasileños, saludando la aparición de *Brasil, país del futuro*, reprochan al autor haber desdeñado las conquistas económicas, técnicas e industriales de su país, deteniéndose sólo en lo pintoresco y lo anecdótico, haber escrito llorando de nostalgia sin tomar contacto con las realidades concretas del porvenir. Estas críticas y la apelación acusadora de una promesa —en verdad, nunca formulada— de escribir una biografía de Getulio Vargas, dictador brasileño, lo alcanzan hondamente. Debilitado en su interior, lo abate la menor presión.

No obstante, se esfuerza en vivir. Pide a Friederike libros de Nueva York, escribe a menudo unas cartas con el deseo tácito de encontrar por casualidad una vieja edición de los *Ensayos* de Montaigne, que finalmente consi-

gue y en la cual se sumerge. Ahora ya no cree en las palabras, le parecen vanas ante el triunfo de la violencia, pero su vida sólo existe si escribe y es entonces cuando cae en la trampa de los proyectos. Se lanza en la redacción simultánea de tres relatos, entre ellas *El ajedrecista*, y un ensayo sobre Montaigne. La historia del patético jugador de ajedrez escapado de un campo de concentración, ilustra lo que era el alma desgarrada de Zweig, que defendió toda la vida su arte en el mundo y que contempla a su impotente consciencia. Si sólo se puede ganar jugando, mover los peones exige la paz. He ahí la terrible conclusión. Zweig se siente de más en una tierra ensangrentada. Sabe que la marea de la historia sube y baja pero siempre deja huellas. Se lleva a los vivos y devuelve a los muertos. Zweig sabe que Hitler será vencido pero también sabe que muchos años verán correr la sangre de los hombres.

Ahora tiene sesenta años, edad fatídica para una alma de discípulo. El tiempo quisiera hacer de él un maestro pero él se niega. Sabe que vendrá un mundo con el cual nada tendrá en común. La primera guerra mundial lo había encontrado con apenas cuarenta años, en plena posesión de su capacidad adaptativa, lleno de una generosa esperanza. Ahora el único futuro es una muerte próxima. Entonces: acabemos enseguida, dignamente, sin intentar sobrevivir al error de toda una vida. Zweig espera vagamente una posteridad para su obra de humanista. De momento, prepara su suicidio. Cada vida como la suya, se dice, es una piedra en la construcción de una nueva humanidad. Este obstinado individualista quiere volver al «todo», meterse bajo tierra. Sin fe religiosa propiamente dicha, fácilmente supersticioso, Stefan Zweig repite el suicidio de von Kleist, llevándose consigo a la muerte a su joven mujer. Compañera de infortunio, Lotte lo sigue sin resistirse, porque siempre la ha conducido. En él se mezclan el egoísmo y la compasión, que otorgan al último acto su verdad y su grandeza. Zweig ha tenido el valor de cortar un hilo tenso. Huye ante sus propios ojos, convencido de haber entendido mal el mundo y construido sobre la arena sus sueños de escritor. En el momento de morir, su propia estima es el bien posible. Lo recobra por medio de la decisión que toma. Pero no piensa en los demás emigrados, en sus penurias económicas, en sus hermanos judíos, torturados por la espera de la liberación, en los combatientes del frente. Su espectacular desaparición los sumirá en íntimas dudas. Se preguntarán: la causa de la libertad, que Zweig encarnaba a su manera, ¿no tiene porvenir?

Una semana más tarde, a comienzos de 1942, Bernanos condena esta decisión con violencia y sutileza. Acusa al desaparecido de «desarmar a la consciencia del mundo», la consciencia de quienes esperan todavía. Bernanos contesta de tal manera a los periodistas brasileños que, según su opi-